

No habiendo podido Sila luego que se apoderó de la autoridad, ni por esperanza, ni por miedo alcanzar de Cornelia, hija de Cina, aquel que realmente fue monarca de Roma, que se divorciase de César, le confiscó el dote. La causa que César tenía para estar en discordia con Sila era su deudo con Mario. Porque con Julia, hermana del padre de César, estaba casado Mario, que tuvo de ella á Mario el joven, primo de César. Habiendo sido al principio pasado en olvido por Sila, á causa del gran número de muertos comprendido en la proscripción, y de sus ocupaciones, él no pudo estarse quieto; sino que se presentó al pueblo pidiendo el sacerdocio, cuando todavía era joven; y Sila, obrando contra su pretension, pudo proporcionar que se le desairase. Consultaba luego sobre quitarle de en medio, y como algunos le dijeron que no tenía razon en querer acabar con un joven como aquel, les replicó que ellos eran los que estaban fuera de juicio, si no veían en aquel joven muchos Marios. Habiendo llegado esta expresión á los oídos de César, se ocultó por largo tiempo, andando errante en el país de los Sabinos; y después en ocasion en que por hallarse enfermo lo conducían de una casa en otra, dió de noche en manos de los soldados de Sila que recorrían el país para recoger á los refugiados. Del caudillo que los mandaba, que era Cornelio, recabó por dos talentos que lo dejase, y bajando en seguida al mar, se dirigió á la Bitinia cerca del Rey Nicomedes; á cuyo lado se mantuvo largo tiempo; y cuando regresaba fue apresado junto á la isla Farmacusa por los piratas, que ya entonces infestaban el mar con grandes escuadras é inmenso número de buques.

Lo primero que en este incidente hubo de notable fue que pidiéndole los piratas veinte talentos

por su rescate, se echó á reír, como que no sabían quién era el cautivo, y voluntariamente se obligó á darles cincuenta. Después habiendo enviado á todos los demas de su comitiva, unos á una parte y otros á otra, para recoger el dinero, llegó á quedarse entre unos pérfidos piratas de Cilicia con un solo amigo y dos criados; y sin embargo los trataba con tal desden, que cuando se iba á recoger les mandaba á decir que no hicieran ruido. Treinta y ocho días fueron los que estuvo mas bien guardado que preso por ellos; en los cuales se entretuvo y ejercitó con la mayor serenidad; y dedicado á componer algunos discursos, tenía los por oyentes, tratándolos de ignorantes y bárbaros cuando no aplaudían; y muchas veces les amenazó entre burlas y veras con que los había de colgar, de lo que se reían, teniendo á sencillez y muchachada aquella franqueza. Luego que de Mileto le trajeron el rescate, y por su entrega fue puesto en libertad, equipó al punto algunas embarcaciones en el puerto de los Milesios, y se dirigió contra los piratas; á los que sorprendió anclados todavía en la isla, y se apoderó de la mayor parte de ellos. El dinero que les aprehendió lo declaró legítima presa; y poniendo las personas en prision en Pergamo, se fue en busca de Junio, que era quien mandaba en el Asia, porque á este le competía castigar á los apresados; pero como Junio pusiese la vista en el caudal, que no era poco, y respecto de los cautivos le dijese que ya vería cuando estuviese de vagar, no haciendo cuenta de él, se restituyó á Pergamo, y reuniendo en un punto todos aquellos bandidos, los puso en un palo, como muchas veces en chanza se lo había prometido en la isla.

Habiendo empezado en este tiempo á decaer el poder de Sila, y llamándole sus deudos, se dirigió antes á Rodas á la escuela de Apolonio Molon, de quien tambien Ciceron era discípulo; hombre que

tenia opinion de probidad, y enseñaba públicamente. Dicese que César tenia la mejor disposicion para la elocuencia civil, y que no le faltaba la aplicacion correspondiente; de manera que en este estudio tenia sin disputa el segundo lugar; dejando á otros en él la primacia, por el deseo de tenerla en la autoridad y en las armas: así que dándose con mas ardor á la milicia y á las artes del gobierno, por las que al fin alcanzó el imperio, solo por esta causa no llegó en la facultad de bien decir á la perfeccion á que podía aspirar por su ingenio; y él mismo mas adelante pedia en su respuesta contradictoria al *Caton* de Ciceron que no se hiciese cotejo en cuanto á la elegancia entre el discurso de un militar y el de un orador excelente, que escribia con la mayor diligencia y esmero.

Vuelto á Roma puso en juicio á Dolabela por vejaciones ejecutadas en la provincia; acerca de las que dieron testimonio muchas ciudades de la Grecia; mas con todo Dolabela fue absuelto; y César para mostrar su agradecimiento á aquella nacion tomó su defensa en la causa que sobre soborno seguia contra Publio Antonio ante Marco Luculo, pretor de la Macedonia; en la que estrechó tanto á Antonio, que tuvo que apelar para ante los tribunos de la plebe, prestando que en la Grecia no contendia con Griegos con igual derecho. En Roma fue grande el favor y aplauso que se granjeó por su elocuencia en las defensas, y grande el amor del pueblo por su afabilidad y dulzura en el trato, mostrándose condescendiente fuera de lo que exigia su edad. Tenia ademas cierto ascendiente, que los banquetes, la mesa y el esplendor en todo lo relativo á su tenor de vida iban aumentando de dia en dia, y disponiéndole para el gobierno. Miráronle algunos desde luego con displicencia y envidia; pero en cierta manera lo despreciaron, persuadidos de que faltando el cebo para

los gastos, no llegaria á tomar cuerpo, y dejaron que se fortaleciese; pero cuando ya era tarde advirtieron cuánto habia crecido, y cuán difícil les era contrarestarle, sin embargo de que veian que se encaminaba al trastorno de la república: teniendo esta nueva prueba de que nunca es tan pequeño el principio de cualquiera empresa, que la continuacion no lo haga grande, tomando el no poder despues ser detenido del habérsele despreciado. Ciceron pues, que parece fue el primero que advirtió y temió aquella aparente serenidad para el gobierno, á manera de la del mar, y que en la apacibilidad y alegría del semblante reconoció la crueldad que bajo ellas se ocultaba, decia que en todos los demas intentos y acciones suyas notaba un ánimo tiránico; pero cuando "veo, añadía, aquella cabellera tan cuidadosamente arreglada, y aquel rascarse la cabeza con solo un dedo, ya no me parece que semejante hombre pueda concebir en su ánimo tan gran maldad, esto es, la usurpacion del gobierno;" pero esto no lo dijo sino mas adelante.

La primera demostracion de benevolencia que recibió del pueblo fue cuando contendiendo con Cayo Publio sobre la comandancia militar, fue designado el primero, y la segunda y mas expresiva todavía cuando habiendo muerto Julia, muger de Mario, de la que era sobrino, pronunció en la plaza un magnífico discurso en su elogio, y en la pompa fúnebre se atrevió á hacer llevar las imágenes de Mario, vistas entonces por la primera vez despues del mando de Sila, habiendo sido los Marios declarados enemigos públicos. Porque como sobre este hecho clamasen algunos contra César, el pueblo les salió al encuentro decididamente, recibiendo con aplausos aquella demostracion; maravillado de que al cabo de tanto tiempo restituyera como del otro mundo aquellos honores de Mario á la ciudad. El pronunciar

elogios fúnebres de las mugeres ancianas era costumbre patria entre los Romanos; pero no estando en uso el elogiar á las jóvenes, el primero que lo ejecutó fue César en la muerte de su muger; lo que le concilió cierto favor y el amor de la muchedumbre, reputándole, á causa de aquel acto de piedad, por hombre de benigno y compasivo caracter. Despues de haber dado sepultura á su muger partió de Cuestor á España con Vetere, uno de los generales; al que tuvo siempre en honor y respeto; y á cuyo hijo, siendo él General, nombró Cuestor á su vez. Despues que volvió de desempeñar aquel cargo, se casó por tercera vez con Pompeya, teniendo de Cornelia una hija, que fue la que mas adelante casó con Pompeyo el Magno. Como fuese pródigo en sus gastos, parecia que trataba de adquirir á grande costa una gloria efimera y de corta duracion, quando en realidad compraba mucho á costa de poco: asi se dice que antes de obtener magistratura ninguna se habia adeudado en mil y trescientos talentos. Encargado despues del cuidado de la via Apia, impendió mucho de su caudal; y como creado Edil presentase trescientas y veinte parejas de gladiadores, y en todos los demas festejos y obsequios de teatros, procesiones y banquetes hubiese oscurecido el esmero de los que le habian precedido, tuvo tan aficionado al pueblo, que cada uno excogitaba nuevos mandos y nuevos honores con que remunerarle.

Eran dos las facciones que habia en la ciudad; la de Sila, que tenia el poder, y la de Mario, que estaba entonces decaida y disuelta, habiendo sido enteramente maltratada. Queriendo pues suscitarla y promoverla durante el mayor aplauso de su magistratura edilicia, hizo formar secretamente las imágenes de Mario y algunas victorias en actitud de conducir trofeos, y llevándolas de noche al Capitolio, las colocó en él. Los que á la mañana las vieron tan

sobresalientes con el oro, y con tanto arte y primor ejecutadas, estando expresados en letra los triunfos alcanzados de los Cimbros, se llenaron de temor por el que las habia allí puesto, pasmados de su arrojo; y ciertamente que no era difícil de acertar. Difundiéndose pronto la voz, y trayendo á todo el mundo á aquel espectáculo, los unos gritaban que César espiraba á la tiranía, resucitando unos honores enterrados por las leyes y los senatus-consultos; y que aquello era una prueba para tantear las disposiciones del pueblo, á fin de ver si ablandado con sus obsequios, le dejaba seguir con tales ensayos y novedades; pero los de la faccion de Mario, que de repente se manifestaron en gran número, se alentaban unos á otros, y con su gritería y aplausos confundian el Capitolio. Muchos hubo á quienes al ver la imagen de Mario se les saltaron las lágrimas de gozo; elogiando á César hasta las nubes, y diciendo que él solo se mostraba digno pariente de Mario. Congregóse sobre estas ocurrencias el Senado, y levantándose Luctacio Cátulo, varon de la mayor autoridad entre los Romanos, acusó á César, pronunciando aquel dicho tan sabido que César no atacaba ya á la república con minas, sino con máquinas y á fuerza abierta; pero César hizo su defensa, y habiendo logrado convencer al Senado, todavía le acaloraban mas sus admiradores, y le excitaban á que pusiera por obra todos sus designios, pues con todo se saldria, y á todo se antepondria, teniendo tan de su parte la voluntad del pueblo.

Murió en esto el Pontífice máximo Metelo; y aunque se presentaron á pedir esta apetecible dignidad Isaurico y Catulo, varones muy distinguidos y de gran poder en el Senado, no por eso desistió César; sino que bajando á la plaza, se mostró competidor. Pareció dudosa la contienda, y Cátulo, que por su mayor dignidad temia mas la incertidumbre del éxi-

to, se valió de personas que persuadieran á César se apartase del intento mediante una grande suma; pero este respondió que si fuese necesario contender de este modo, tomaria prestada otra mayor. Venido el día, como la madre le acompañase hasta la puerta de casa no sin derramar algunas lágrimas: hoy verás, le dice, ó madre, á tu hijo ó Pontífice ó desterrado; y dados los sufragios no sin grande empeño, quedó vencedor, inspirando al Senado y á los primeros ciudadanos un justo recelo de que tendria á su disposicion al pueblo para cualquiera arrojó. Con este motivo Pison y Catulo culpaban á Ciceron de haber andado indulgente con César, cuando en la conjuracion de Catilina dió suficiente causa para ser envuelto en ella. Porque Catilina, cuyo proyecto no se limitaba á mudar el gobierno, sino que se extendia á destruir toda autoridad y trastornar completamente la república, redargüido con ligeros indicios, se habia salido de la ciudad, antes que se hubiese descubierto todo su plan, dejando por sucesores en él dentro de ella á Lentulo y Cetego. Si César les dió ó no secretamente algun calor y poder, es cosa que no se pudo averiguar; pero convencidos aquellos con pruebas irresistibles en el Senado, y preguntando el Consul Ciceron á cada uno su dictamen acerca de la pena, hasta César todos los condenaron á muerte; pero este, levantándose, pronunció un discurso muy estudiado para persuadir que dar la muerte sin juicio precedente á ciudadanos distinguidos por su dignidad y su linage no era justo ni conforme á los usos patrios, como no fuese en el último apuro; y que poniéndolos en custodia en las ciudades de Italia que el mismo Ciceron eligiese hasta tanto que Catilina fuese exterminado, despues podria el Senado en paz y en reposo determinar acerca de cada uno lo que correspondiese.

Pareció tan arreglado y humano este dictamen,

y fue pronunciado con tal vehemencia, que no solo los que votaron despues, sino aun muchos de los que habian hablado antes, reformando sus opiniones, se pasaron á él, hasta que á Caton y á Catulo les llegó su vez: porque estos lo contradijeron con esfuerzo, y dando Caton en su discurso valor y cuerpo á la sospecha contra César, y altercando resueltamente con él, los reos fueron mandados al suplicio, y á César, al salir del Senado muchos de los jóvenes que hacian la guardia á Ciceron, sacando contra él las espadas, le detuvieron; pero se dice que á aquel tiempo Curion, cubriéndole con la toga, le liberto de sus golpes; y que el mismo Ciceron, habiéndose vuelto los jóvenes á mirarle, los retrajo por señas, ó por temor del pueblo, ó porque realmente no tuviese por justa aquella muerte. Y si esto fue cierto, no sé cómo Ciceron no hizo de ello mencion en el escrito sobre su consulado: lo cierto sin embargo es que despues se le culpó de no haber sabido aprovechar la ocasion que contra César se le presentó por demasiado temor al pueblo, que protegía entonces á César con el mayor empeño. Así es que habiéndose este presentado en el Senado de alli á pocos dias, y hecho su apología por las sospechas contra él formadas, lo que no se verificó sin peligrosas agitaciones, como la sesion del Senado durase mas tiempo que el que era de costumbre, acudió el pueblo con grande gritería, y cercó la curia, reclamando á César, y mandando que lo dejaran salir. De aqui nació que temeroso el mismo Caton de las innovaciones á que podrian prestar apoyo los ciudadanos mas miserables, que eran los que acaloraban á la muchedumbre, teniendo en César toda su esperanza, persuadió al Senado que les distribuyese trigo por meses; con lo que los demas gastos anuales de la república se aumentaron en cinco cuentos y quinientas mil dracmas; pero tambien esta disposicion dispó notoriamente por lo pronto aquel gran temor,

y debilitó en tiempo el desmedido poder de César, que iba á ser Pretor, y hubiera inspirado mayor miedo á causa de esta magistratura.

No produjo esta sin embargo ninguna turbacion, y antes sobrevino un incidente doméstico muy desagradable para César. Publio Clodio era un joven, patricio de linage, señalado en riqueza y en elocuencia; pero que en insolencia y desvergüenza no cedia el primer lugar á ninguno de los mas notados de disolutos. Amaba este á Pompeya, muger de César, sin que ella lo llevase á mal; pero la habitacion de Pompeya estaba cuidadosamente guardada, y la madre de César Aurelia, muger respetable, y que andaba continuamente en seguimiento de la nuera, hacia difícil y peligrosa la entrevista de los amantes. Veneran los Romanos una Diosa, á la que llaman Bona, como los Griegos Muliebre ó Femenil; y de la cual dicen los de Frigia (que la tienen por propia suya) que es la madre del Rey Midas, los Romanos la ninfa Driada casada con Fauno; y los Griegos la madre de Baco, que no es dado nombrar; de donde viene que las que celebran su fiesta adornan las tiendas con ramas de viña, y el dragón sagrado está postrado á los pies de la Diosa segun la fabula. No es lícito que á esta fiesta se acerque ningun varon, ni que siquiera exista en casa mientras se celebra; sino que las mugeres solas unas con otras se dice que ejecutan en esta solemnidad arcana muchas ceremonias parecidas á los misterios Orficos. Llegado pues el tiempo de haberse de celebrar en la casa del Consul ó el Pretor, este y cuantos varones hay salen de casa; de la que se entrega la muger, la adorna, y la mayor parte de los ritos se ejecutan por la noche, pasándola toda en vela con algazara y músicas.

Celebraba Pompeya esta fiesta, y Clodio, que era todavía imberbe, y por lo mismo esperaba poder quedar oculto, tomó el vestido y arcos de una

cantora, y con este disfraz se introdujo, pudiendo confundirse con una mocita. Estaban las puertas abiertas, y fue introducido sin tropiezo por una criada que estaba en el secreto, la cual corrió á anunciarlo á Pompeya. Fue precisa alguna detencion; y como no pudiendo aguantar Clodio en el sitio donde aquella le dejó, se echase á andar por la casa que era grande, resguardándose de la luz, dió con él una criada de Aurelia, que le provocaba á jugar, como que le tenia por otra muger; y al ver que se negaba, echándole mano, le preguntó, quién y de dónde era: respondió Clodio que estaba esperando á Abra, criada de Pompeya, que asi se llamaba aquella; pero como fuese descubierto por la voz, esta otra criada corrió dando voces á traer luz, y adonde estaba la reunion, gritando que habia visto un hombre. Sobresaltáronse todas las mugeres; y Aurelia, suspendiendo y reservando las orgias de la Diosa, hizo cerrar las puertas de la casa, y se puso á recorrerla toda por sí con luces en busca de Clodio. Encontrósele en el cuarto de la criada, en el que se habia entrado huyendo; y descubierto asi por las mugeres, se le puso la puerta afuera. Este suceso, yéndose en aquella misma noche las otras mugeres á sus casas, lo participaron á sus maridos, y al otro dia corrió por toda la ciudad la voz de que Clodio habia cometido un gran sacrilegio, y era deudor de la pena, no solo á los ofendidos, sino á la república y á los dioses. Acusóle pues de impiedad uno de los tribunos de la plebe, y se mostraron indignados contra él los mas autorizados del Senado, dando testimonio de otros hechos feos, y de incesto con su hermana casada con Luculo; pero haciendo frente el pueblo á estos esfuerzos, se puso á defender á Clodio, á quien fue de grande utilidad cerca de unos jueces aterrados é intimidados por la muchedumbre. En cuanto á César al punto repudió á Pompeya;

pero llamado á ser testigo en la causa, dijo que nada sabia de lo que se imputaba á Clodio. Como sorprendido el acusador con una declaracion tan extraña le preguntase, ¿por qué habia repudiado á su muger? porque quiero, dijo, que de mi muger ni siquiera se tenga sospecha. Unos dicen que César dió esta respuesta, porque realmente pensaba de aquel modo; y otros que quiso en ella congraciarse con el pueblo, al que veia empeñado en salvar á Clodio. Fue pues absuelto de aquel crimen, habiendo dado con confusion sus votos los mas de los juéces, para no exponerse al furor de la muchedumbre si condenaban, ni incurrir en el odio de los buenos si absolvian.

César, despues de la pretura, habiéndole cabido la España en el sorteo de las provincias, como al salir para ella se viese estrechado y ostigado de los acreedores, acudió á Craso, que era el mas rico de los Romanos; pero necesitaba del grande influjo y ardimiento de César para su contienda en punto á gobierno con Pompeyo. Tomó pues Craso sobre sí el acallar á los acreedores mas molestos é implacables, afianzando hasta en cantidad de ochocientos y treinta talentos; y de este modo pudo aquel partir á su provincia. Dicese que pasando los Alpes, al atravesar sus amigos una aldea de aquellos bárbaros, poblada de pocos y miserables habitantes, dijeron con risa y burla: ¿si habrá aqui tambien contiendas por el mando, intrigas sobre preferencia, y envidias de los poderosos unos contra otros? y que César les respondió con viveza: pues yo mas querria ser entre estos el primero que entre los Romanos el segundo. Del mismo modo se cuenta que en otra ocasion hallándose desocupado en España leia un escrito sobre las cosas de Alejandro, y se quedó pensativo largo rato, llegando hasta derramar lágrimas; y como se admirasen los amigos de lo que podria ser, les dijo: ¿pues no os parece digno de pesar el que Alejandro

de esta edad reinase ya sobre tantos pueblos, y que yo no haya hecho todavia nada digno de memoria?

Llegado á España, desplegó al punto una grande actividad: de manera que en pocos dias agregó diez cohortes á las veinte que ya tenia; y moviendo contra los Gallegos y Lusitanos, los venció, llegando por aquella parte hasta el mar exterior, despues de haber sujetado á naciones que todavia no estaban bajo la dominacion Romana. Terminadas tan felizmente las cosas de la guerra, no administró con menor inteligencia las de la paz; reduciendo á concordia las ciudades, y sobre todo allanando las diferencias entre deudores y acreedores: porque ordenó que de las rentas de los deudores percibiese el acreedor dos terceras partes, y de la otra dispusiese el dueño hasta estar satisfecho el préstamo. Habiendo adquirido con su gobierno un gran concepto, dejó la provincia, hecho ya rico él mismo, y habiendo contribuido á mejorar la suerte de sus soldados, por quienes fue saludado Emperador.

Los que aspiraban á que se les concediese el triunfo debian permanecer fuera de la ciudad; y los que pedian el consulado era preciso que lo ejecutasen hallándose presentes en ella: constituido pues en este conflicto, y estando próximos los comicios consulares, envió á solicitar del Senado que se le permitiese estando ausente mostrarse competidor del consulado por medio de sus amigos. Sostuvo Caton al principio la ley contra semejante pretension; y despues, viendo á muchos ganados por César, tomó el medio de destruir sus intentos con solo el tiempo, consumiendo en hablar todo el dia; pero este resolvió entonces desistir del triunfo, y atenerse al consulado. Entró pues en la ciudad al punto, y tomó por su cuenta una empresa que engañó á todos los demas ciudadanos, á excepcion de Caton. Era esta la reconciliacion de Pompeyo y Craso, que tenian el mayor po-

der en la república; y uniéndolos César en amistad de la discordia en que estaban, juntó en provecho suyo el poder de ambos; y haciendo una obra que tenia todos los visos de humana, no se echó de ver que iba á parar en el trastorno de la república. Pues no fue, como creen los mas, la discordia de César y Pompeyo la que produjo la guerra civil, sino mas bien su amistad, habiéndose reunido primero para acabar con la aristocracia, aunque despues volviesen á discordar entre sí. Caton, prediciendo muchas veces todo lo que iba á suceder, entonces fue tachado de hombre díscolo y descontentadizo; pero á la postre adquirió fama de consejero prudente, aunque desgraciado.

César pues, fortalecido con la amistad de Craso y de Pompeyo, fue promovido al consulado, que se le declaró con gran superioridad de votos, dándole por colega á Calpurnio Bibulo. Entrado en ejercicio, propuso inmediatamente leyes, no propias de un Consul, sino de un insolente Tribuno de la plebe: á saber, sobre repartimientos y sorteos de terrenos. Opusiéronse los hombres de mas probidad y de mayor concepto del Senado; y él, que no deseaba mas que un pretexto, haciendo exclamaciones y protestas ante los dioses y los hombres de que contra su voluntad se le ponía en la precision de acudir al pueblo, y mostrarse obsequioso con él por agravios y mal trato del Senado, salió efectivamente para dar cuenta al pueblo, y poniendo junto á sí á un lado á Craso y á otro á Pompeyo, les preguntó, ¿si estarían por las leyes? y como respondiesen afirmativamente, les rogó que le auxiliasen contra los que habian hecho la amenaza de que se opondrían con la espada. Prometiéronselo; y aun Pompeyo añadiendo que vendria contra las espadas trayendo espada y escudo. Fue esto de sumo disgusto para los principales que escucharon de su boca una expresion

indigna del respeto que le tenían, poco decorosa á la magestad del Senado, y propia de un furioso ó de un mozuelo; pero el pueblo se mostró muy contento. César, para participar mas de lleno del poder de Pompeyo, teniendo una hija llamada Julia desposada con Servilio Cepion, la desposó con Pompeyo, y á Servilio le dijo que le daría la de Pompeyo, que no estaba tampoco sin desposar, sino prometida á Fausto el hijo de Sila. De allí á poco César casó con Calpurnia, hija de Pison, al que designó Cónsul para el año siguiente. Entonces Caton clamó y protestó públicamente con la mayor vehemencia que era insufrible el que el gobierno de la república se adquiriese con matrimonios, y que por medio de mugeres se fuesen promoviendo unos á otros al mando de las provincias y de los ejércitos, y á todas las magistraturas. El colega de César Bibulo, cuando vió que con oponerse á las leyes nada adelantaba, y que antes estuvo muchas veces en peligro de perecer con Caton en la plaza, pasó encerrado en su casa todo el tiempo que le quedaba de consulado. Pompeyo, hecho que fue el casamiento, llenó la plaza de armas, é hizo que el pueblo sancionara las leyes; y á César sobre las dos Galias, Cisalpina y Transalpina, le añadió el Ilirio con cuatro legiones por el tiempo de cinco años. Quiso Caton contradecir estas tropelías, y César lo hizo llevar á la cárcel, pensando que apelaria á los Tribunos de la plebe; pero este marchó tranquilo sin hablar palabra; y César, viendo que no solo los primeros ciudadanos lo llevaban á mal, sino que la plebe movida del respeto á la virtud de Caton seguía con silencio y abatimiento, rogó en secreto á uno de los Tribunos que le pusiera en libertad. De los demas del Senado eran pocos los que concurrían á él; pues los mas, incomodados y disgustados, procuraban retirarse; y diciéndo un día Considio, que era de los mas ancianos, que

el no concurrir consistía en que las armas y los soldados los intimidaban, le preguntó César: ¿pues por qué tú no te estas también por miedo en tu casa? á lo que contestó Considio: porque en mí la vejez hace que no tema; pues la vida que me queda, habiendo de ser corta, no pide ya gran cuidado. De todo cuanto se hizo en su consulado lo mas abominable y feo fue el que hubiese sido nombrado Tribuno de la plebe aquel mismo Clodio por quien fueron violadas las leyes de los matrimonios y los nocturnos misterios. Nombrósele en ruina de Ciceron; y César no marchó al ejército sin haber antes oprimido á Ciceron por medio de Clodio, y héchole salir de la Italia.

Estos se dice haber sido los hechos memorables de su vida antes de los de las Galias. El tiempo de las guerras que despues sostuvo, y de las campañas con que domó la Galia, como si hubiera tenido un nuevo principio, y se le hubiera abierto otro camino para una vida nueva y nuevas hazañas, le acreditó de un guerrero y caudillo no inferior á ninguno de los mas admirados y mas célebres en la carrera de las armas; y antes comparado con los Fabios, los Escipiones y los Metelos; con los que poco antes le habian precedido, Sila, Mario y los dos Lúculos; y aun con el mismo Pompeyo, cuya fama sobrehumana florecia entonces con la gloria de toda virtud militar, las hazañas de César le hacen superior á uno por la aspereza de los lugares en que combatió; á otro por la extension del territorio que conquistó; á este por el número y valor de los enemigos que venció; á aquel por lo extraño y feroz de las costumbres que suavizó; á otro por la blandura y mansedumbre con los cautivos; á otro finalmente por los donativos y favores hechos á los soldados; y á todos por haber peleado mas batallas y haber destruido mayor número de enemigos: pues habiendo hecho la guerra diez años no cumplidos en

la Galia, tomó á viva fuerza mas de ochocientas ciudades, y sujetó trescientas naciones; y habiéndosele opuesto por partes y para los diferentes encuentros hasta tres cuentos de enemigos, con el un cuento acabó en las acciones, y cautivó otros tantos.

El amor y afición con que le miraban sus soldados llegó á tal extremo, que los que en otros ejércitos en nada se distinguian, se hacian invictos é insuperables en todo peligro por la gloria de César. Tal fue Acilio, que en el combate naval de Marsella, acometiendo á un barco enemigo, perdió de un sablazo la mano derecha, pero no soltó de la izquierda el escudo; y antes hiriendo con él en la cara á los enemigos, los ahuyentó á todos, y se apoderó del barco. Tal Casio Esceva, á quien en el combate de Dirraquio le sacaron un ojo con una saeta, le pasaron un hombro con un golpe de lanza y un muslo con otro, y habiendo ademas recibido en el escudo otros ciento y treinta saetazos, llamó á los enemigos como para rendirse; y acercándosele dos, al uno le partió un hombro con la espada, é hiriendo en la cara al otro, lo rechazó, y él se salvó protegiéndole los suyos. En Bretaña cargaron los enemigos sobre los primeros de la fila, que se habian metido en un sitio cenagoso y lleno de agua, y un soldado de César, estando este mirando el combate, penetró por medio, y ejecutando muchas y prodigiosas hazañas de valor, salvó á aquellos caudillos, haciendo huir á los bárbaros, y pasando con dificultad por medio de todos, se arrojó á un arroyo pantanoso, del que trabajosamente, ya nadando y ya andando, pudo salir á la orilla, aunque sin escudo. Admiróse César, y con gran placer y regocijo salió á recibirle; pero él muy apesadumbrado y lloroso se echó á sus pies, pidiéndole perdon por haber perdido el escudo. En Africa se apoderó Escipion de una nave de César, en la que navegaba Granio Patronio, nombrado Cuestor, y habiendo te-